

Arrastrados por la espiral sauriana

Uno de los momentos más mágicos del laberinto de espejos sauriano se produce cuando Goya descubre *Las meninas* de Velázquez (*Goya en Burdeos*, 1999), donde como bien sabemos, el autorretrato del artista ocupa el motivo principal, y el retrato regio se adivina en un espejo. O quizá, como dice Goya (José Coronado), “todo el cuadro se refleja en un espejo”. Mientras se inscribe en los márgenes del plano, colocándose como punto de fuga de la historia del arte, Goya dice que la pintura “parece inacabada, ligera, con la apariencia de hacerse sin esfuerzo, fuera de todo tiempo, espacio y lugar”. Es ahí, en esa asunción de que no hay tiempo, ni lugar, donde Carlos Saura declina la tentación de establecer límites entre lo empírico y lo onírico. Más bien, se propone desactivarlos a lo largo de toda su obra cinematográfica, hasta alcanzar la máxima abstracción musical. Con esa libertad que le concede la estrategia discursiva, como si habitáramos multiversos, Saura reinventa la realidad, teje una urdimbre espacio-temporal que se traduce en los laberintos de la memoria y los ecos casi siempre traumáticos del pretérito.

Adentrarse en el universo de Carlos Saura nos proporciona la posibilidad de sentirnos como el primo de Angélica que interpretó José Luis López Vázquez. Es decir, ingresar como la Alicia de Lewis Carroll en un mundo en el que pasado, presente y futuro coexisten en la misma dimensión, en el que las personas se desdobl原因 y las identidades se fracturan, donde la memoria es el sumidero de la existencia, la historia es cíclica y en ella la barbarie es inmutable. De la mano de Filmoteca Española, durante los meses de marzo y abril, ingresamos a través de su vasta filmografía (¡44 títulos!) en el país de la memoria y la tragedia, de los símbolos y los sueños. Desde sus inicios neorrealistas al manierismo estético, pasando por las ficciones oníricas de los años 60 y 70 y los musicales que conforman el grueso de su filmografía. Todo Saura para celebrar, ya era hora, la relevancia de un patrimonio de nuestro cine que mayor admiración y seguimiento despierta internacionalmente.



“Doble autorretrato”. Fotosaurio de Carlos Saura

Podríamos decir que las películas de Saura, casi todas ellas, lidian con la represión. La guerra incivil ocupa por supuesto un papel determinante en una filmografía que cuando confía en el relato llega a aglutinar la historia de España desde que fue un imperio (*El Dorado*) a una democracia. Los desdoblamientos en el juego de espejos se convierten en una constante sauriana cuando entronca con los intercambios y contagios entre realidad y ficción, entre el documental de los cuerpos, el proceso de creación y la representación de la tragedia, que es sin duda una de las claves metadiscursivas de los musicales saurianos. En la segunda etapa de su filmografía, aquella que arranca con *Bodas de sangre* (1981) –cuyo “Juego de espejos” con *La novia* de Paula Ortiz se antoja como un delicioso programa doble, el día 14 de marzo–, Saura se propone romper los límites entre lo real y lo ficcionado de tal modo que convierte ese propósito en la dominante estética de sus películas. La puesta en abismo de las coreografías, que Saura retuerce y contorsiona hasta extraer de ellas múltiples dimensiones espacio-temporales, se alimenta también de proyecciones que multiplican la polisemia escénica.

Un esteta de la imagen fotográfica

Podríamos hilar la filmografía entera de Carlos Saura en una sucesión de espiral y proyectar líneas que pongan todas sus películas en contacto. Las fugas de las escaleras, en picado o contrapicado, sean como alucinación celestial, espacio fantasmático o el rellano de la familia española, es de hecho uno de los iconos mayores y más perdurables en la filmografía del cineasta. Está presente desde sus inicios hasta hoy. En las múltiples escaleras que inserta en planos más simbólicos que descriptivos, básicamente proyecta la espiral como expresión gráfica del perpetuo movimiento circular, de la continuidad y simultaneidad espacio-temporal en sus relatos, del abismo laberíntico de los recuerdos. Así, sus relatos son casi siempre cíclicos, en los que nada ni nadie desaparece del todo, y todo acaba resurgiendo. A esa idea se debe en gran medida la retrospectiva “La espiral sauriana” (la más completa que nunca se ha dedicado al autor aragonés), que se precipita de forma centrífuga como una figura en espiral para conectar toda su películas, varias de las cuales contarán en el Doré con la presentación y coloquio de integrantes del equipo técnico y/o artístico y, por supuesto, del propio Carlos Saura.

Cineasta de la luz y el color, de las sombras y el simbolismo, su trabajo como fotógrafo y las múltiples colaboraciones con el genio Vittorio Storaro le convierten en uno de los contados "estetas" del cine español, un autor que piensa y crea en imágenes por encima de todo. No podíamos dejar de lado por tanto su trayectoria como fotógrafo y artista gráfico, de ahí que, durante los dos meses que se celebra la retrospectiva, la antesala del Doré acogerá la exposición "Fotosaurios de cine", una selección de la obra gráfica más reciente del cineasta, de la que Filmoteca Española ha editado también un catálogo con el que acompañar y dejar constancia de esta relevante retrospectiva. ●